

julio de 1923 salió de Praga superando con éxito las objeciones de sus familiares. En una primera carta desde Berlín me contaba que se sentía feliz y que incluso dormía bien (inaudita novedad en aquellos años de su vida). El viaje de Kafka, que se produjo el 24 de septiembre de 1923 y no en julio, como dice Brod, le pareció al escritor «una completa locura» dada su situación, sólo comparable «con la campaña de Napoleón en Rusia». Como se ve, Kafka ya albergaba sus viejos temores, sus fidelísimos fantasmas. Se instaló con Dora en un piso del suburbio berlinés de Steglitz y, realmente, su humor cambió: era «feliz con su compañera» y se había transformado «en un ser totalmente diferente». De Steglitz serán las primeras trece cartas de este libro, pero escritas en dos pisos diferentes, separados por doscientos metros. Allí encamina todos sus esfuerzos a escribir y termina un relato, *La mujercita*, inspirado en la propietaria del piso donde habitan las primeras seis semanas, mujer que le ocasiona «pese a nuestra buena relación, tensiones permanentes, debido a que es, por su energía berlinesa y su inteligencia berlinesa, infinitamente superior a mí». Es esta mujer quien los expulsa al finalizar la sexta semana. El segundo apartamento es en la calle Grunewaldstrasse 13, al que Dora traslada sus pertenencias mientras Franz asiste —agotando casi sus últimas fuerzas— a la Academia de Estudios Judíos (*Lehranstalt für die Wissenschaft des Judentums*), un instituto para formar rabinos y eruditos. En la siguiente carta (n.º 3) vuelve a señalar: «Desde luego preferiría comprarme yo mismo esas pequeñeces, como las zapatillas y otras cosas por el estilo, pero resulta imposible, pues el alza de los precios en las últimas semanas es horrorosa». Y agrega luego: «Por cierto, esta subida de los precios tan colosal (escribir «colosal» con 2 *eles* resulta todavía exagerado, aunque sin embargo)».

Este alza permanente de los precios será reiteradamente señalada por Kafka en casi toda su correspondencia de estos años, y cada vez con más angustia y desazón, pese al cuidado que ponía en no preocupar demasiado a su familia. Por ejemplo, fragmento de la carta n.º 7, del 20 de noviembre de 1923: «Queridísimos padres: esta vez la alegría ha sido muy especial, vuestras dos cartas y, sobre todo, las noticias de mi querido padre sobre su salud. Lástima que yo no tenga sellos suficientes para contestaros con todo detalle, quizá lo haga muy pronto.

A partir del primero, por cierto, se estabiliza la tarifa de valor estable, entonces ya no habrá preocupaciones por los sellos, pero de todos modos será tan caro que por esa razón no se podrá ya escribir». O este otro fragmento de la carta n.º 9: «Dar la ropa a lavar resulta muy caro; unas 120-160 coronas cada dos meses, y eso ahorrando mucho; y además no la planchan y los productos para lavar no son muy de fiar. ¿No valdría la pena mandar la ropa a Praga cada mes y medio?».

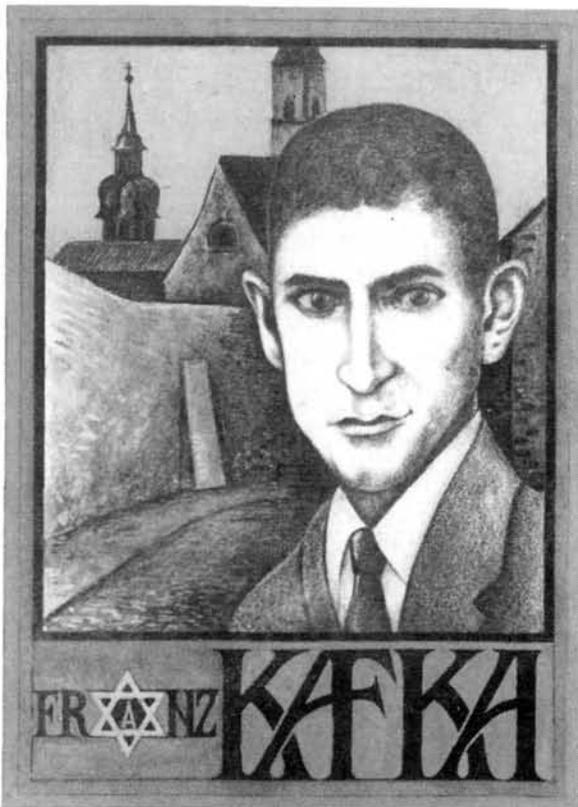
Mientras tanto Dora Dymant es para Franz la nueva ilusión de pareja, la que por fin es digna de él a fin de llevar una vida tranquila como la que de hecho llevaban. Ella se había enamorado de Kafka con la pasión de sus juveniles años y se sentía atraída por ese ser misterioso y excéntrico. Pero Franz había soñado otra cosa: una independencia que le permitiera dedicar su vida a la literatura. Por el contrario, su vida se veía cada vez más ensombrecida por la más inquisitorial penuria económica. Berlín no le ofrecía una serenidad definitiva sino «un violento acceso de locura de números». Un kilo de pan costaba millones de marcos, el alquiler de la vivienda se sextuplicaba, resultaba muy difícil conseguir combustible y el invierno berlinés era extremadamente riguroso. Además sus dolores, su fiebre, sus escalofríos y sus trastornos digestivos iban en aumento día a día. Sin embargo, sólo cuando su reducida jubilación llevaba ya dos semanas de retraso, Kafka se decidió a pedirle algo de dinero a Ottla. En cambio, a sus padres les escribió una carta llena de optimismo: «A mí me sigue yendo bien». Evitó hasta los últimos momentos confesar a su familia la verdadera dimensión de su pobreza: él había elegido esa vida y debía pagar el impuesto de aquella libertad. «Mantequilla, por ejemplo, tengo ahora —otra vez la opinión del experto— hasta finales de mes; si ahora volvéis a anunciarme la llegada de un paquete con mantequilla, será demasiado, demasiado caro, demasiado abundante, demasiado abochornante, naturalmente os pagaré todo, pero no me lo pongáis difícil mandando tales cantidades». Y agrega: «Por lo que se refiere a la fiebre, es una vieja historia y se ha ido con increíble rapidez ya al segundo día. No creo que fuera resfriado, teniendo en cuenta la forma como apareció. Pero en fin, ya se ha ido. Tampoco el frío de la casa es demasiado grande, como parece que creéis. Estoy sentado al lado de la calefacción central y en ese sitio se está muy bien».



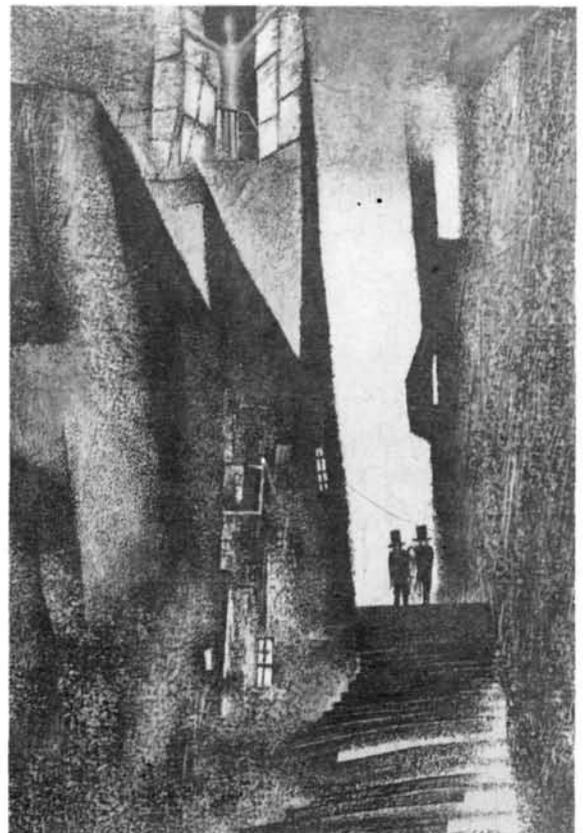
PRAHA ŽIDOVSKÁ
THE JEWISH PRAGUE



PRAHA ŽIDOVSKÁ
THE JEWISH PRAGUE



PRAHA ŽIDOVSKÁ
THE JEWISH PRAGUE



Tremendo, dramático silencio de las reales condiciones de vida, a fin de no embarcar a sus padres en sus propias angustias. La familia, que por sus cartas sólo podía intuir vagamente su miseria, enviaba paquetes de víveres, aunque todo hace pensar que para que sus padres vivieran ignorando tal situación, Franz contaba con la complicidad de sus hermanas. Es difícil pensar que Otta, que recibía la siguiente esquelita para el Nuevo Año («Cocinar es tan fácil, para Año Nuevo ya no nos quedaba alcohol, y a pesar de eso casi me quemé durante la comida; la había calentado con cabos de vela») no tuviera conciencia de la realidad. Fue justamente ese invierno (así lo afirma enfáticamente Brod) quien mató a Kafka, que enfermó de pulmonía y ya nunca más pudo rehacerse de aquella nueva y grave recaída. Dada dicha penosa situación económica, Kafka había renunciado a consultar a un especialista. Sólo una vez admitió un médico de urgencia y le escribió a Brod: «La cantidad pagada al médico planea con cifras de fuego sobre mi cama». El 1 de febrero de 1924 debían abandonar su departamento por su calidad de «forasteros insolventes». La situación se hacía desesperada. Otra vez Dora consiguió una vivienda a tiempo, aunque era evidente que el destino de Kafka era una clínica. Cuando su tío, el médico rural Siegfried Löwy de Triesch, lo visitó enviado por su preocupada familia, llegó a fines de febrero de 1924 a Berlín y encontró a Franz en un estado de salud gravísimo. El 14 de marzo Brod se hallaba en Berlín para asistir al estreno en la *Staatsoper* de la ópera *Jenufa* de Janacek y tres días después Kafka regresaba a Praga con él, llevado a casa de sus padres «como una derrota». Dora se quedó en Berlín dadas las difíciles relaciones familiares pese a ya ser virtualmente aceptada por los padres. En Praga nace *Josefina la cantante* (*Josefine, die Sängerin*), en la que Kafka narra la angustia existencial de un artista ávido de perfección frente a lo que no es sino apariencia, la nada del arte que practica, lo que le lleva, finalmente, a renunciar a su arte y a aspirar tan sólo al olvido. Aún le quedan energías, pese a sus penurias, para testimoniar su propia desazón y su propio derrumbe. En esos días y a raíz de una «quemazón en la garganta», Kafka es llevado a la *Clínica de Viena* —pesa ya 43 kilos— y el diagnóstico es «laringitis tuberculosa avanzada», ante el cual quedaba descartada la cirugía. Tras nuevos reconocimientos en un sanatorio

vienes —«Un tal Franz Werfel me ha escrito para decirme que yo debería hacer algo por un tal Kafka. Sé quién es Kafka: es el paciente de la número 13. Pero, ¿quién es Werfel?», dirá el director de dicho sanatorio— y gracias a las gestiones de Dora y de Klopstock, es internado en el sanatorio de Kierling, cercano al pueblo de Klosterneuburg, en las afueras de Viena, donde tiene una habitación para él sólo. Sus cartas comienzan a tener en Dora su progresivo sustituto: «¿Puedo extender mis brazos para darle un abrazo?» pregunta ella a los padres de Franz. Kafka agrega: «El comer me resulta un poco más trabajoso (carta n.º 31) que lo fue, sin duda, cuando mamaba. Pero también intento facilitarme el comer, por ejemplo, y esto es algo que a ti, queridísimo padre, tal vez te gustará, con cerveza y vino, con zumo de cebada fermentada y tostada y con vino del Adriático, de este último me he pasado ahora al tokay (...) Mi capacidad de bebida no es muy grande, pero en lo referente a la sed no me supera nadie (...) Por el momento no necesitamos dinero».

Le dan tres meses de vida pero Dora se opone a llevarlo a Praga para evitar que Franz se dé cuenta de lo desesperado de la situación. No obstante, corrige las pruebas de galeras de *Josefina la cantante* hasta que no puede más: «Lo que está mal debe quedar mal» escribe en una de sus hojas de conversación, dado que le resulta imposible hablar.

Klopstock, conmovido, narra: «El estado físico de Kafka en aquella época y de hecho la situación en sí, ya que literalmente se estaba muriendo de hambre, era un espectáculo macabro. Cuando terminó la corrección de las pruebas, cosa que no sólo supuso un terrible esfuerzo psíquico sino que debió de ser también una especie de estremecedor reencuentro espiritual, las lágrimas le rodaban por las mejillas. Fue la primera vez que asistí a tales muestras de emoción por su parte. Durante toda su vida, Kafka había demostrado una sobrehumana capacidad de autodomínio».

Como su personaje de *El artista del hambre*, Kafka comienza a dejarse morir por inanición. No puede finalizar de corregir su última obra. En una hoja de conversación le escribe a Dora, su abnegada sombra: «¿Cuántos años lo soportarás? ¿Cuánto tiempo soportaré yo que tú lo soportes?». El día 2 de junio de 1924 Kafka escribe —un día antes de su muerte— su última carta a los pa-